

PATRONES EN LA RUTA

Eduardo Sartelli (Dir.)

Fabián Harari, Marina Kabat, Juan Kornblihtt,
Verónica Baudino, Fernando Dachevsky, Gonzalo Sanz Cerbino

PATRONES EN LA RUTA

*El conflicto agrario y los enfrentamientos en el
seno de la burguesía, marzo-julio de 2008*

Ediciones *ryr*

Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía,

marzo-julio de 2008 / Eduardo Sartelli ... [et.al.]. - 1a ed. -

Buenos Aires : RyR, 2008.

200 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1421-18-3

1. Política Argentina. 2. Conflicto Agrario.

CDD 320.82

© CEICS-Ediciones ryr, 2008, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.

Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, octubre de 2008

Responsable editorial: Gonzalo Sanz Cerbino

Diseño de tapa: Sebastián Cominiello

Diseño de interior: Agustina Desalvo

www.razonyrevolucion.org.ar

editorial@razonyrevolucion.org.ar

Introducción

El “conflicto del campo” puso sobre la mesa que la principal riqueza del país está en su producción agropecuaria. Mostró también otro hecho evidente: que la gigantesca masa de recursos que ha enriquecido a todas las capas de la burguesía rural y no rural, no tocó ni de cerca a su verdadero productor, el proletariado, ya sea rural o urbano. El “paro” chacarero reveló, también, que cuando la burguesía se lanza a la lucha no escatima ningún esfuerzo ni desestima ningún método. Aquellos que denostaban los cortes de ruta y los piquetes, los adoptaron como propios a fin de defender adecuadamente su bolsillo. Muchas son las enseñanzas, entonces, que deja el episodio, en particular para los trabajadores de este país, como dijimos en otra ocasión, verdaderos convidados de piedra de un festín que se acaba. Este libro tiene por función exponer esas conquistas pedagógicas de la manera más clara posible.

Conteniendo un amplio análisis sobre los problemas agrarios, este libro no es una “cuestión agraria” argentina, al estilo Kautsky. Por dos motivos: no tiene la amplitud temática y la profundidad histórica que un ejercicio tal implica, por un lado; por otro, su objetivo es desentrañar la naturaleza del enfrentamiento interburgués que mantuvo en vilo al país durante 129 días. Nuestro interés radica, entonces, en hacer explícitos los intereses y las contradicciones que operan a lo largo de su recorrido, su significado político, la experiencia que cierra y las perspectivas que abre, en particular para la lucha socialista.

Por esas razones, este texto se esfuerza por exponer resultados científicos del estudio de la realidad y no por dejar sentada una “opinión”. En este sentido, es el resultado de un trabajo colectivo, que recupera mucho de lo estudiado por el Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales en diferentes campos de la realidad argentina, pero que también muestra una capacidad de trabajo intensa, necesaria para

poder abordar temas complejos y una problemática extensa en poco tiempo. Más de veinte compañeros se concentraron, desde los primeros días del conflicto, en recabar información, revisar bibliografía y reconstruir hechos y procesos.¹ La mayor parte de ese material estuvo rápidamente disponible y mucho también, por razones de utilidad o espacio, fue dejado fuera. Lo demás fue escribir y decidir el momento de la publicación.

Otro de los objetivos de este libro, además de los mencionados, es derribar los abundantes mitos y leyendas sobre el mundo rural que entorpecen la comprensión de los problemas y generan confusiones fácilmente utilizables por las facciones en pugna. De allí el énfasis puesto en contextualizar el problema en el tema más amplio que lo contiene (el capítulo 1, sobre la cuestión agraria), como en poner al día el conocimiento sobre la situación concreta en nuestro país (el capítulo 2, sobre la cuestión agraria argentina). El capítulo 3 intenta revelar la matriz económica del conflicto, mientras que el cuarto se dedica al análisis del enfrentamiento mismo. Cierra el texto un quinto capítulo, con un balance de la actuación de la izquierda (PC, PCR, MST, PTS, PO), en el que se realiza una propuesta estratégica.

La necesidad del estudio científico de la realidad no es simplemente un mandato propio de todo aquel que pretenda actuar con conocimiento de causa. Dado el desconocimiento generalizado de buena parte de la sociedad argentina (lo que incluye a una porción sustantiva de la izquierda revolucionaria) de los problemas agrarios nacionales y de la centralidad de la producción agraria en cualquier diseño futuro, conocer de primera mano el mundo real se vuelve una necesidad imperiosa. Sobre todo ahora que, como creemos los autores de este libro, la Argentina comienza a deslizarse hacia una nueva crisis. Como notará el lector, a pesar de que casi todo su contenido no tiene más antigüedad que pocos meses, algunos análisis ya se han quedado atrasados con respecto a la realidad inmediata, en particular aquellos que aludían al desarrollo de la crisis mundial. En la medida en que no afectan al análisis general, los hemos dejado tal cual, en particular, el capítulo 3, sobre todo porque lo que allí dijimos que pasaría está ahora desarrollándose ante nuestros ojos.

¹Además de los nombres que figuran como autores del texto, por el tipo de compromiso que tienen con su producción, hay que mencionar el aporte invaluable, como auxiliares de investigación, de Sebastián Cominiello, Emiliano Mussi, Cristian Morúa, Bruno Magro, Guillermo Cadenazzi, María Zabalegui, Mariano Schlez, Santiago Ponce, Romina De Luca, Silvina Pascucci, Agustina Desalvo, Roxana Telechea, Nicolás Villanova, Ianina Harari, Ezequiel Lezama y Damián Bil.

Creemos, entonces, poder aportar en algo, aunque sea modesto, a la comprensión de la realidad que queremos transformar. Al menos esperamos que el lector, luego de terminar estas páginas, sepa y quiera tomar distancia y sospechar de aquellos que hablan de campesinos, de atraso tecnológico, de semillas malvadas y terratenientes tremebundos, de feudalismo y oligarquías inexistentes. También creemos que podrá estar mejor preparado para rechazar tonterías aún mayores, como la de que en el campo siempre hay trabajo, que los chacareros son productores de algo y no simples parásitos y que el hombre de campo es “especial”. Como verá, disfraces que pretenden ocultar una verdad mucho más cruel: explotación, miseria y, sobre todo, acumulación continua de riqueza en manos de quienes no la producen.

Capítulo I

La cuestión agraria

Es una idea propia del sentido común y de algunas orientaciones teóricas, que todo lo que vale para la economía en general, no vale, o vale menos, para el “campo”. El ámbito agrario resultaría extraño y resistente a las categorías propias del resto de la economía. De esta extrañeza brota ese problema histórico conocido como “la cuestión agraria”, un problema tanto teórico como político. El análisis del actual “conflicto del campo” remite, entonces, a una larga historia de análisis económico-social que es necesario recuperar a la hora de entender nuestro presente. Mucho más cuanto que las posiciones políticas que se asumen hoy, no sólo no son nuevas sino que hunden sus raíces en los orígenes del capitalismo. Antes de entrar en el análisis del conflicto mismo, entonces, repasemos una serie de conceptos básicos.

¿Qué es la cuestión agraria?

A fines del siglo XIX, la sociedad europea vivió el momento final de un proceso excepcional, propio de las etapas iniciales del capitalismo, que empalmaba con otro proceso parecido, pero normal y perfectamente consistente con su desarrollo histórico. Estamos hablando de la acumulación originaria y la concentración y centralización del capital.¹ En efecto: la acumulación de capital presupone la existencia del capital. Para “invertir” en medios de producción es necesario que éstos se encuentren disponibles: que la tierra, por ejemplo, pueda comprarse y

¹Recomendamos al lector, para un tratamiento más amplio de los temas de este capítulo, la lectura de *La cajita infeliz*, de Eduardo Sartelli (Ediciones ryr, Bs. As., 2008).

venderse libremente, pero que también haya obreros a los que ocupar. Es decir, presupone que las condiciones básicas y elementales del capitalismo se hayan desarrollado: que existan ya la propiedad capitalista y la fuerza de trabajo. Dicho de otra manera: toda acumulación de capital presupone una acumulación anterior. Pero, salvo que creamos que el capital es eterno, en algún punto de la cadena lo que no era capital se transformó en tal. Es decir, ha de haber una acumulación primera, una acumulación que no depende de otra anterior, una acumulación “originaria”. Ese proceso, constituyente del capitalismo, consiste en la expropiación del productor directo de los medios de producción: en el campo, el campesino tiene que ser separado de la tierra y transformado en asalariado. Para eso hay que destruir la sociedad feudal (o cualquier sociedad pre-capitalista) ya sea erosionándola en su interior, por el avance de la propiedad capitalista en el mismo seno de la estructura agraria o, como en algún momento se hace indispensable, por la transformación del conjunto de las relaciones sociales, es decir, por la revolución. Históricamente, tales procesos se desarrollaron en cada país en forma diferente, pero en Europa siguió un patrón más o menos común: partiendo de la sociedad feudal, las relaciones capitalistas comenzaron a desplegarse en el mundo agrario para luego hacer explotar el conjunto de la vida social. Así sucedió en Inglaterra (1640) y en Francia (1789), donde, a raíz de estas violentas conmociones, la burguesía toma el comando de la sociedad. Entre otras tareas, la más importante, para la burguesía que ha llegado al poder, resulta ser la continuidad y el despliegue de la acumulación originaria. Para mediados del siglo XIX la acumulación originaria había culminado en ambos países y en varios más de Europa, pero estaba empezando en otros: España, Italia, Rusia, Alemania.

Terminada la acumulación originaria, nos quedamos con una serie de figuras sociales resultantes de la destrucción de la sociedad feudal: por un lado, los señores feudales desaparecen, expropiados o transformados en terratenientes capitalistas; los campesinos se dividen: una parte de ellos, definitivamente expropiados, engrosan las filas del proletariado rural y urbano; otra permanece como propietario rural, ya sea con el trabajo de su familia o empleando asalariados. El campesino feudal se ha transformado, entonces, en pequeño burgués, burgués u obrero. Tanto el pequeño burgués como el burgués comparten el hecho de ser propietarios de los medios de producción y, por lo tanto, en ese aspecto, forman parte de la clase dominante. La diferencia entre ellos es importante: el pequeño burgués carece de medios de producción en la escala suficiente como para explotar obreros asalariados en gran magnitud. Por esa razón debe seguir aportando su trabajo personal (y el de su familia). Si su dotación de medios de producción es tan baja que no alcanza a cubrir las necesidades de su propia familia y algunos

miembros deben trabajar afuera, decimos que se trata de un pequeño burgués en vías de proletarización. Por el contrario, en el momento en que sus ingresos empiezan a depender de masas crecientes de plusvalía, estamos en presencia de un pequeño burgués en vías de “aburguesarse”, es decir, pasar al reino pleno de los explotadores.²

El proceso de expropiación no se detiene, sin embargo, con la acumulación originaria. Lo que caracteriza al capitalismo es la “dictadura democrática” del mercado: el mercado es un terrible dictador, porque el que no llega con precios que representen una productividad avanzada, tarde o temprano perecerá; es también muy democrático, porque no hace excepciones con nadie. De modo que ningún capitalista tiene ningún certificado que lo proteja de un fracaso económico. Al que le va mal, tarde o temprano pierde. Por esa razón, si el campesino, transformado en pequeña burguesía, es liberado del yugo feudal (o de cualquier otro yugo pre-capitalista), la tierra es liberada del campesino, en el sentido de que ahora puede ser expropiado de ella (en el sistema feudal el campesino no puede ser expulsado de su parcela). En el mercado dominan los más eficientes, luego, los que tienen escalas de producción mayores. La sola actividad del mercado produce, automáticamente, traslaciones de valor desde los productores menos eficientes a los más eficientes. El resultado normal es la concentración y centralización del capital, es decir, la expropiación de los pequeños a manos de los grandes. La concentración y centralización del capital lleva a la formación de empresas cada vez más grandes. Menos capitales cada vez más poderosos se alzan sobre masas de pequeña y mediana burguesía que, no soportando la competencia, se pauperizan (pierden capital) y se proletarizan (dejan de ser capitalistas). La sociedad termina, entonces, dividida en dos polos: el de una burguesía cada vez más reducida en número pero más poderosa en capital y un proletariado cada vez más grande y más pobre. Esta es la razón por la cual recurrentemente observamos oleadas de pequeña burguesía, agraria y no agraria, impulsadas a la proletarización, que reaccionan contra tales tendencias desarrollando activas intervenciones políticas que representan un reto, tanto para la burguesía como para el proletariado.

En efecto, la cuestión agraria es el nombre histórico que recibió la combinación de los dos procesos que acabamos de explicar: el de la liberación de los campesinos y el de la expropiación de la pequeña burguesía agraria. Si la liberación se produjera rápida y violentamente, la expropiación se manifestaría como un proceso separado por unos

²Estas tres figuras de la pequeña burguesía suelen ser denominadas como “campesinos”, adosándoseles el adjetivo de pobre, medio y rico, respectivamente. Resulta en un error teórico que va más allá del “nombre” que se utilice, ya que genera nefastas conclusiones políticas, como veremos en el último capítulo.

cuantos años de su precedente inicial. En Inglaterra, Francia y hasta cierto punto Alemania, se dio algo por el estilo; allí la cuestión agraria era sobre todo la expropiación de la pequeña burguesía y sus consecuencias. En Italia hubo todavía un componente de “liberación”, que fue más poderoso en España. En Rusia ambos procesos se potenciaron decididamente. Fuera donde fuera, la cuestión agraria se volvió un problema serio para el conjunto de la vida política, en la medida en que las masas campesinas-pequeñoburguesas resultaban, si no la mayoría absoluta de la población, un porcentaje decisivo a la hora de las grandes tormentas revolucionarias. Esa es la razón por la que los partidos políticos de izquierda y de derecha se disputaron sus favores y es también la razón por la cual los clásicos marxistas de la cuestión agraria se escribieron por esta fecha.³ Donde la política proletaria logró colocar de su lado a las masas rurales, como en Rusia, la alianza de “obreros y campesinos” resultó la clave del triunfo. Donde la burguesía lo consiguió, el resultado fue el fascismo. Esa urgencia tenía la política agraria en aquellos momentos en los que un porcentaje muy elevado de la población vivía en el “campo” y, por ende, constituía una base de masas indispensable para cualquier política.

Ligado a esta cuestión se erguía el problema del programa más general. Es decir, ¿era aplicable el socialismo en el campo? Quienes ponían en duda esta posibilidad, esgrimían un argumento que se repetiría muchas veces en el futuro: no se produce, en el mundo agrario, un proceso de concentración tan marcado y tan veloz como en el resto de la economía. Incluso, hacia fines del siglo XIX, en varios lugares de Europa parecía verificarse el fenómeno contrario, lo que habilitaba una pregunta todavía más complicada para la política socialista: ¿era la gran propiedad agraria más progresiva que la pequeña, tal como todo marxista aceptaría en el mundo industrial, o por el contrario, la mayor eficiencia estaba en manos de los “campesinos”? Werner Sombart, entonces teórico de la socialdemocracia, lo expresaba con agudeza:

“Si hay en la vida económica dominios que escapan al proceso de socialización y que escapan porque, en ciertos casos, la pequeña explotación adquiere en ellos la mayor importancia desde que es la forma más productiva, ¿qué hacer? Tal es el problema que se plantea hoy a la socialdemocracia con el lema de la cuestión agraria. ¿Es que el ideal comunista, que se

³Véanse Kautsky, Karl: *La cuestión agraria*, Siglo XXI, México, 1984; Lenin: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Ediciones Estudio, Bs. As., 1973 y *La cuestión agraria*, Lautaro, Bs. As., 1947; Gramsci, Antonio: *La cuestión meridional*, Dédalo ediciones, Madrid, 1978; Lafargue, Paul: *Peasant Proprietary in France*, en Marxist Internet Archive, y Engels, Federico: “El problema campesino en Francia y Alemania”, en esta misma edición. Por la misma época Émile Vandervelde escribe *La cuestión agraria en Bélgica* (1897).

funda en la gran explotación y con él su programa agrario ha de sufrir una modificación de principio frente al campesino? Y, si se llega efectivamente a la conclusión de que no existe una tendencia al desarrollo de la gran explotación, que en el campo la gran empresa no es ya la forma más elevada de la producción agraria, nos hallaríamos frente a una cuestión decisiva: ¿Debemos comportarnos como demócratas en el sentido de enrollar en nuestro movimiento estas existencias fundadas en la pequeña explotación, modificando, por consiguiente, nuestro programa y renunciando a la finalidad comunista, o debemos permanecer como proletarios consecuentes, fieles al ideal comunista, y por tanto excluir estos elementos de nuestro movimiento?

He debido valerme de proposiciones condicionales (“si”, “pero”) porque hasta hoy, por lo que a mí respecta, no he podido establecer con certidumbre ni la tendencia de desarrollo de la agricultura, ni la forma superior de la explotación agraria, ni si, en general, existe una determinada forma superior de explotación. Por lo que puedo entender, aquí se halla el límite del sistema de Marx: a mi modo de ver, las deducciones de Marx no se pueden transplantar al dominio de la agricultura, tales como han sido enunciadas. También acerca de los problemas agrarios formuló Marx pensamientos de mucha profundidad, pero su teoría de la evolución, fundada en el acrecentamiento de la gran explotación y en la proletarización de las masas de cuya evolución brota necesariamente el socialismo, es una teoría adaptable sólo al desarrollo de la industria. Pero no lo es para el desarrollo agrario, por lo que estimo que sólo la investigación científica podrá colmar esta laguna que de cualquier modo existe.”⁴

Efectivamente, si la pyme agropecuaria fuera el modelo de eficiencia, el socialismo carecería de sentido en el “campo”, toda vez que supondría no un avance sino un retroceso de las fuerzas productivas. Dicho de otra manera, la humanidad ganaría más con la propiedad privada que con el comunismo. La historia de la producción rural ha resuelto, con argumentos irrefutables, aquello de lo que Sombart dudaba. Hoy día ya han desaparecido casi por completo personajes como los que preocupaban a la socialdemocracia alemana, desde los viejos chacareros argentinos y los farmers americanos y canadienses, hasta los propios “campesinos” europeos. Hoy la agricultura y la ganadería son asunto de corporaciones gigantescas y hasta los llamados “pequeños y medianos” del campo pampeano, de los que hablaremos más adelante, son burgueses hechos y derechos, con tamaños que empalidecerían a sus antecesores de un par de décadas atrás. Kautsky, que escribió *La cuestión agraria* precisamente para atacar planteos como el de Sombart, no tendría que hacer mucho para refutarlo, más que llevarlo a una

⁴Citado por Kautsky, op. cit., p. 5.

exposición de maquinaria agrícola. De todos modos, veremos, cuando hablemos del MOCASE, que estas cuestiones elementales tienen todavía lugar en algunas mentes que se suponen progresistas.

No obstante, la idea de que la pequeña propiedad era más eficiente a largo plazo y que daba lugar a un “dibujo” social más democrático, iba a tener larga vida. Para muchos intelectuales y políticos, desde Walt Whitman a Vía Campesina, o, pensando en ejemplos locales, desde Sarmiento a la CTA, pasando por Juan B. Justo, una sociedad democrática y dinámica sólo podía fundarse sobre el modelo “farmer”: el pequeño propietario independiente que pobló las praderas norteamericanas, supuesta base de la democracia y de la pujanza del capitalismo yanqui. La cuestión agraria aquí aparece bajo otra dimensión: la reforma agraria. Eliminar residuos feudales y dar la propiedad al campesino, es una cara de la misma moneda que ubica del otro lado la tarea contraria, evitar la desaparición del pequeño productor en manos de las grandes empresas capitalistas. La reforma agraria, como arma defensiva de los pequeños productores rurales, es esgrimida, entonces, contra los resabios precapitalistas, promoviendo la liberación del campesino, y contra la nueva dinámica del mercado capitalista, tratando de evitar la expropiación.

Otra dimensión que podemos advertir en la “cuestión agraria” tenía (y tiene) que ver con un problema económico de enormes consecuencias políticas. Y es la creencia en que la gran propiedad (el latifundio) tiene efectos negativos no ya para la sociedad, sino para la economía. No era una invención nueva, todo lo contrario. Figuraba como caballito de batalla en el nacimiento mismo de la escuela clásica de economía. Efectivamente, ya David Ricardo había señalado a los terratenientes como los causantes de las tendencias hacia la crisis del capitalismo, una clase parásita que se apropiaba de una porción creciente de la riqueza social. Obviamente, el programa que sale de aquí es, otra vez, la reforma agraria, como forma de abortar la crisis futura, pero también como instrumento para relanzar sociedades estancadas. Ese aspecto del problema se puso “de moda” en los '60. Por izquierda, se llamó dependentismo. Por derecha, desarrollismo y Alianza para el Progreso. En todos los casos, se trataba de enfrentar la crisis económica y social relanzando la economía capitalista de los países atrasados eliminando lo que se suponía la gran traba del desarrollo económico, la gran propiedad latifundista, pre-capitalista o capitalista, pero siempre parasitaria. Esta situación explosiva llevó incluso al mismo Departamento de Estado norteamericano, preocupado por la guerrilla rural, a ordenar una serie de investigaciones agrícolas en varios países sudamericanos

con el fin de encontrar recetas para la “cuestión agraria”.⁵ La Argentina también tuvo su cuarto de hora reformista, alentada por dos o tres décadas de lamentos por lo que se juzgaba un inexplicable aletargamiento del otrora “granero del mundo”.⁶

Hay todavía dos dimensiones más de la cuestión agraria: la superpoblación y el problema ambiental. La superpoblación se volvió una excusa válida para explicar la creciente miseria que se amontonaba, en particular, en las grandes ciudades del Tercer Mundo. Es decir, la miseria se expandía no como consecuencia de nuevos procesos de acumulación originaria en la periferia capitalista, sino como un subproducto de una demografía descontrolada. Así fue que la esterilización masiva para el Tercer Mundo convivió sin problemas con la revolución verde.⁷ La emergencia de la cuestión agraria gestó incluso un movimiento político propio, viejo en su inspiración (puesto que se basaba en las formas típicas de resistencia campesina) pero novedoso por la aspiración radical que lo impulsaba: el maoísmo.⁸ Con variantes más o menos independientes, el maoísmo fue la fórmula general de la resistencia campesina en la era de la Guerra Fría. Con diferentes nombres, castrismo, guevarismo, sandinismo o senderismo, la guerrilla campesina comunista fue la expresión, por izquierda, de la cuestión agraria “tardía”.

⁵En 1966-67 la Fundación Ford colaboró auspiciando diversas “radiografías del sector agropecuario” en varios países latinoamericanos. En el caso argentino, Fienup, Darrell, Brannon, Russell y Fender, Frank: *El desarrollo agropecuario argentino y sus perspectivas*, Editorial del Instituto, Bs. As., 1972.

⁶La cantidad de textos dedicados a la reforma agraria o a proyectos por el estilo es abrumador. Sirvan de ejemplo, para América Latina los siguientes títulos: Astori, Danilo: *Controversias sobre el agro latinoamericano*, Clacso, Bs. As., 1984; CEPAL: *Problemas y perspectivas de la agricultura latinoamericana*, Solar/Hachette, Bs. As., 1965; Gutelman, Michel: “Reforma agraria y desarrollo del capitalismo”, en AAVV: *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Rodolfo Alonso ed., Bs. As., 1974; AAVV: *Chile: reforma agraria y gobierno popular*, Periferia, 1973; AAVV: *Estudios sobre el campesinado latinoamericano*, Periferia, 1974; García, Antonio: *Reforma agraria y desarrollo capitalista en América Latina*, UNAM, México, 1988; Matos Mar, José y José M. Mejía: *Reforma agraria: logros y contradicciones, 1969-1979*, IEP, Lima, 1984. Sobre la Alianza para el Progreso, Selser, Gregorio: *Alianza para el Progreso. La mal nacida*, Iguazú, Bs. As., 1964.

⁷Véanse, por ejemplo, los informes del Club de Roma, como el libro de Dennis Meadows, *Los límites del crecimiento*, FCE, 1982 y el de Mesarovic y Pestel, *La humanidad en la encrucijada*, FCE, 1978. En ambos casos, la primer edición es de los años '70, 1972 para el primero, 1974 para el segundo. Las críticas no se hicieron esperar: AAVV, *Imperialismo y control de la población*, Periferia, 1973.

⁸Para esta relación entre maoísmo y campesinismo, véanse Hobsbawn, Eric: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1974; Chesneaux, Jean: *Movimientos campesinos en China (1840-1949)*, Siglo XXI, Madrid, 1978 y Deustcher, Isaac: *Ironías de la historia*, Península, Barcelona, 1969.

El problema ambiental ya está presente en los primeros análisis sobre el desarrollo del capital en el agro, no hay más que recordar las reflexiones de Marx en *El Capital*. Pero es un tema que, indudablemente, ha ido cobrando una presencia cada vez mayor, en la medida en que se extiende la frontera agrícola y que se industrializa la agricultura. La cuestión agraria aparece aquí como la reflexión sobre las posibilidades de un desarrollo “sustentable”, es decir, que no destruya las condiciones generales de la existencia de la vida sobre la Tierra.

Estas cinco dimensiones de la cuestión agraria (acumulación originaria, concentración capitalista, desarrollo económico, desocupación y sustentabilidad) han estado presentes siempre en su desarrollo histórico y han vuelto a plantearse con mucha premura en los últimos veinte años. En los años '80, se transforman en tema corriente el despliegue veloz de las transnacionales en el campo y la desaparición de las “estrellas” del agro mundial, los farmers americanos,⁹ el fin de la autosuficiencia alimentaria de regiones enteras¹⁰, la expulsión de millones de campesinos hacia ciudades ultrapobladas, el estancamiento del mercado mundial y la escasa capacidad de supervivencia de la agricultura en los países centrales¹¹, más toda una nueva serie de transformaciones decisivas en la relación con la naturaleza., en particular, eso que dio en llamarse agricultura sustentable. Estos hechos colocaron a la cuestión agraria en tema casi de moda, si se recuerda la importancia periodística de la Ronda Uruguay del GATT, los sucesos de Chiapas, la Bolivia cocalera o la Conferencia de El Cairo sobre población y desarrollo, donde el neomalthusianismo ha vuelto a florecer, de la mano de una “progresista” preocupación por el aborto. El inicio del siglo XXI nos encuentra casi de nuevo en este último punto, agravado ahora con las tensiones del mercado mundial de alimentos producto de la demanda ascendente de China y la India y de los bio-combustibles. Como veremos, a lo largo del libro todos estos problemas aparecerán como argumentos de una batalla de naturaleza bastante más mezquina.

¿Qué es la cuestión agraria, entonces? El conjunto de problemas asociados a las peculiaridades del desarrollo del capital en el agro.

⁹Burbach, Roger y Patricia Flynn: *Las agroindustrias transnacionales en Estados Unidos y América Latina*, Era, México, 1983.

¹⁰Barkin, David y Blanca Suárez: *El fin de la autosuficiencia alimentaria*, Nueva Imagen, México, 1982.

¹¹Berlan, Jean-Pierre: “Capital accumulation, Transformation of agriculture and the agricultural crisis: a long-term perspective”, en Arthur MacEwan and William K Tabb (ed): *Instability and Change in the World Economy*, Monthly Review Press, New York, 1989; Friedmann, Harriet: “The Political Economy of Food: a Global Crisis”, en *New Left Review*, 197, ene-feb 1993; McMichael, Philip and Myhre, David: “Global Regulation vs. the Nation State: Agro Food Systems and the New Politics of Capital”, en *Review of Radical Political Economics*, URPE, vol. 22, n° 1, 1990.

Como dichas peculiaridades han dado pie a confusión, es importante aclarar en qué consisten.

Las categorías básicas de la economía agraria

En el ámbito agrario, las categorías económicas son las mismas que operan en el resto del capitalismo, con la diferencia única de la importancia mayor que la renta tiene en su interior. Efectivamente, lo que hay que explicar, como peculiaridad de la producción agraria, es la influencia que la tierra tiene en el movimiento del capital, es decir, el obstáculo que significa a la acumulación de capital. Damos por sentado que el lector sabe lo que es la ganancia capitalista y de dónde brota y nos concentramos entonces en el problema de la renta agraria. Al igual que hace Marx en *El Capital*, presuponemos el dominio pleno de la tierra por la propiedad capitalista, quedando excluido, entonces, todo tratamiento sobre las formas no capitalistas de renta.¹²

En efecto, esa interposición de la tierra tiene consecuencias importantes, porque no es un bien reproducible. Es el soporte material de la producción agraria y, como tal, no puede ser reproducida: el planeta tiene un tamaño finito. Si se acabó una tierra dada, porque toda su extensión ha sido ocupada económicamente, para hacerme cargo de la demanda en expansión, debo pasar a otra. Si pudiera reproducirse, si cuando necesitara más pudiera fabricarla, no habría ninguna especificidad propia de la producción agraria. Esa situación da pie a la constitución de un monopolio por parte de los dueños de la tierra, porque a diferencia de otras condiciones de producción (el aire, por ejemplo), puede ser monopolizada, es decir, puede ser objeto de apropiación privada. Que es monopolizable quiere decir que puede transformarse en propiedad privada, o sea, que pueden reivindicarse sobre ella derechos de propiedad. Por ejemplo, el derecho a no permitir su uso. Está claro que el dueño, el terrateniente, no ganará nada con ejercer este derecho. Que lo que le permite participar de la riqueza social es, precisamente, cederlo, lógicamente que a cambio de una porción de dicha riqueza. ¿Por qué debiera entregar gratis la tierra? En principio, porque no tiene valor: lo único que tiene valor en la economía capitalista es lo que contiene trabajo humano. Y la tierra, como tal, excluyendo “mejoras”, no lo tiene. Por eso el capitalista tiene que hacer una excepción a esa regla propia de la economía mercantil: las mercancías deben venderse a su

¹²Véase Sartelli, Eduardo: *La cajita infeliz*, op. cit. Los aspectos más específicos de la teoría de la renta son objeto de tratamiento en Sartelli, Eduardo: *Tierra y Libertad*, Ediciones ryr, en prensa. Obviamente, seguimos estrechamente la exposición de Marx en el tercer tomo de *El Capital*, en los *Grundrisse* y en las *Teorías de la plusvalía*.

valor. Como la tierra no tiene valor, en sentido estricto, el precio de ese derecho a la tierra es el resultado de un hecho de fuerza, de la fuerza del monopolio. ¿Por qué el capitalista permite tal extorsión? Porque el capital presupone la propiedad privada, razón por la cual violentar la propiedad privada del suelo es violentar un principio constitutivo de la sociedad capitalista. Pero, más importante que eso, porque el terrateniente es también un capitalista, de modo que no habría razón para que la burguesía se negara a sí misma la posibilidad de un negocio.

Esta es la causa por la cual aparece en el agro una categoría que no le es exclusiva (también la hay en la propiedad urbana, o en la minería, por ejemplo) pero que en este ámbito alcanza una magnitud particular: la *renta*. La *renta absoluta*, así la llama Marx para distinguirla de otra que va a llamar *diferencial*, es el derecho que interpone el terrateniente gracias a su monopolio. La renta absoluta es una parte de la plusvalía que va a parar a un explotador indirecto de fuerza de trabajo, dicho de otro modo, a manos de un burgués no industrial, como consecuencia de las contradicciones del imperio de la propiedad privada. Toda tierra tendrá, entonces, una renta absoluta, porque nadie permitirá el acceso a su propiedad sin algo a cambio.

Ahora bien, ¿quién paga por ese excedente que constituye la renta? En principio, pareciera que los consumidores, que pagarían por los productos agrarios más valor del necesario: el que constituye el capital y su ganancia, además de un plus para el terrateniente. Sin embargo, no es así. Los productos agrarios se venden, como todos, a su valor. Sucede que la producción agraria no participa de la tendencia a la formación de la tasa media de ganancia, a pesar de que produce una masa de valor por encima de los precios de producción.¹³ De esa diferencia entre los precios de producción y el valor de los productos agrarios brotará la diferencia que constituirá la renta. La precondition para ello es que la agricultura se mantenga atrasada técnicamente con relación a la productividad media del trabajo del conjunto de la economía. Este atraso relativo hace que los productos agrarios contengan mucho más trabajo que la media, exceso que debiera ir (pero no va) a otras ramas más concentradas, como sucede en el resto de la economía. En suma, el valor apropiado como renta no afecta la ganancia agraria ni la no agraria, surge de la misma producción agraria como plusvalor de los obreros agrícolas. Esta es, según Marx, la verdadera renta de la tierra.

Como dijimos, Marx va a distinguir dos tipos de renta capitalista de la tierra: la renta absoluta (RA) y la renta diferencial (RD). ¿Qué es la renta diferencial? Volvamos a la idea de que la tierra no es reproducible. Así como no es reproducible en general, tampoco son reproduc-

¹³Volvemos a remitir al lector a nuestros textos ya citados, en especial, al capítulo 4 de *La Cajita...*

tibles sus cualidades particulares. Dicho de otra manera: siempre existirán tierras de distinta calidad, siempre habrá tierras mejores y tierras peores y esas cantidades no pueden modificarse. Esas cualidades pueden ser tanto la fertilidad como la distancia. De modo que, dado un mercado concreto, la demanda de alimentos será satisfecha por las mejores tierras (las más cercanas, las más fértiles o una mezcla de ambas). El consumidor pagará un precio equivalente al capital puesto en juego, la ganancia capitalista y la renta absoluta. Pero si la demanda crece y se acaban las tierras mejores (A), habrá que utilizar tierras peores (por la razón que sea). En estas tierras peores (B), los costos serán superiores, de modo que los precios aumentarán. El consumidor tendrá que pagar precios mayores porque habiéndose acabado las tierras mejores sólo se podrá satisfacer la demanda con tierras menos productivas. Sin embargo, el productor de tierras A, con menores costos, viendo que el mercado está dispuesto a pagar precios superiores no tiene por qué vender sus productos a menos del nuevo nivel imperante en el mercado. Aparecerá para él, entonces, una nueva ganancia, una ganancia extraordinaria, por encima de la ganancia normal y de la renta absoluta. Esa ganancia extraordinaria brota no de una cualidad del capital, sino de la tierra. Por esa razón no se la apropia el capitalista, sino el terrateniente y por eso se llama renta, que como sale de la diferencia de las calidades de tierras, se especifica como “diferencial”. La renta diferencial es, entonces, una renta extraordinaria que recibe el terrateniente de las mejores tierras. En realidad, como el precio de los productos agrícolas se regula *al revés* que los no agrícolas, es decir, por el productor menos eficiente, el de la peor tierra, todos los que tengan tierra mejor que la peor recibirán renta diferencial.

Dijimos que fertilidad o distancia son causa de renta diferencial, pero hay más. En efecto, ambos factores resumen lo que Marx llama “renta diferencial I”, dejando en claro que existe, entonces, una “renta diferencial II”. La renta diferencial II brota de las diferencias de las calidades de capital. Dos capitales de productividad diferente actuando sobre la misma tierra tendrán costos diferentes, pero por el mismo proceso que rige la renta diferencial I, el capital más eficiente embolsará una ganancia extraordinaria que irá a parar al terrateniente. Hay una diferencia importante entre ambas formas de la renta diferencial: la primera la cobra directamente el terrateniente. La segunda, si es desarrollada por el capitalista después de la firma del contrato de arrendamiento, mientras dure dicho contrato caerá en sus manos. Sólo podrá capturarla el terrateniente cuando venza el contrato. De allí brota la batalla permanente entre ambas figuras de la burguesía por la duración de los contratos, estando el terrateniente por plazos cortos y el capitalista por plazos largos.

Nos falta aclarar de dónde sale la RD. Si la RA podía extraer su cuerpo de la plusvalía producida en el ámbito rural, la RD no. Por el contrario, sustraerá valor por encima de la ganancia media del resto de la producción capitalista. Vemos, entonces, el carácter peculiar de la agricultura como rama de la producción capitalista: no concurre con su plusvalía sobrante, como todas las ramas con baja composición orgánica del capital, al “pool” general en el que se iguala la cuota de ganancia, porque la RA se interpone; por la RD, globalmente, una parte de la agricultura se apropia de plusvalía ajena. Mediante la renta diferencial, un personaje, el terrateniente, esquilma al resto de la sociedad.¹⁴

Estas conclusiones de Marx, que pueden ser mal interpretadas, es decir, interpretadas en un sentido ricardiano, han dado pie a la ilusión desarrollista-dependentista en la “reforma agraria” y ha infectado a muchos partidos de izquierda, que ven en ella el *non plus ultra* de la política revolucionaria. Volveremos hacia el final sobre este problema.

Las clases sociales en el campo

El asunto de las clases sociales en el campo también ha dado que hablar. O bien se supone que no hay clases, que la sociedad rural se organiza de otra manera, o bien que las clases “urbanas” se transmutan en otra cosa ni bien cruzan la tranquera. Sin embargo, las clases sociales no sólo están presentes allí como en todos lados, sino que son exactamente las mismas. Veamos.

La burguesía no ofrece mayores problemas, desde que todo el mundo que reconoce la existencia de clases sociales, reconoce que existe una burguesía rural. Es, en sentido estricto, la única de las clases “urbanas” que nadie niega tenga su representante agrario. En realidad, el problema suele plantearse con el resto. Lo que suele suceder con la burguesía agraria es, más que su negación, su simplificación. En efecto, suele entenderse como burguesía agraria sólo aquellos capitalistas que poseen o arriendan tierras y las explotan con fuerza de trabajo. Sin embargo, la burguesía agraria no se agota allí: el contratista, personaje sobre el que volveremos más adelante, es tan importante en la producción agraria como el burgués “formal”.

El terrateniente produce mayores confusiones. Hay varias, particularmente importantes. La primera, la consideración de todo terrateniente como personaje *feudal*. La segunda, la creencia en que todo terrateniente es *absentista*. La tercera, que no tiene *racionalidad capitalista*. La cuarta, que posee un *monopolio* todopoderoso.

¹⁴El *Capital*, FCE, 1984, t. III, p. 613-614.

En primer lugar, el terrateniente brota de la propiedad privada, sea ella feudal, tributaria, esclavista o capitalista. Hay, por lo tanto, un terrateniente específicamente capitalista. El terrateniente feudal tenía derechos económicos, políticos y judiciales frente al campesino. Se quedaba, además, con todo el excedente feudal. Su propiedad era inembargable y sus derechos se transmitían por “sangre”, es decir, no dependían del mercado. El terrateniente capitalista no tiene sobre su tierra más derechos que cualquier burgués sobre su mercancía, incluso no tiene más derechos sobre la tierra que el obrero sobre su fuerza de trabajo. No tiene ningún derecho sobre persona alguna. Se apropia de una porción menor de la plusvalía, cuya explotación directa corresponde al burgués. Sus derechos sobre su mercancía se subordinan a la dictadura del mercado. En sentido estricto, el terrateniente no es una clase social. Es una de las tantas personificaciones de la burguesía y en ese sentido no se distingue de ningún otro rentista, sea éste arrendatario de un terreno, un departamento o bonista financiero. Un terrateniente que sólo vive de rentas es un burgués rentista.

No todo terrateniente, por otra parte, se limita a arrendar su tierra. En la mayoría de los casos, la renta sirve para invertir en otros sectores de la economía y la tierra sirve de base a la producción agraria que el mismo terrateniente puede poner en acción. En este caso, nos encontraremos con una figura particular, la burguesía terrateniente y sus ingresos se compondrán de renta y ganancia. Miembro de la burguesía, el terrateniente razona como cualquier burgués: si le conviene arrendará, si no, invertirá en cualquier otro lado. Sometido al mercado, su monopolio resulta violentado por la competencia: si la demanda de tierras es muy elevada, la renta ascenderá; si la demanda es baja, caerá. En ambos casos, el terrateniente no podrá hacer nada y se limitará a aceptar la situación o, en el mejor de los casos, retirarse del ramo. El terrateniente es una fracción de la burguesía.¹⁵ La burguesía vive de

¹⁵No obstante, en el último capítulo del tercer tomo de *El Capital*, el dedicado a las clases sociales, Marx realiza una afirmación fuerte: “Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción”. *El Capital*, op. cit., t. III, p. 817. Sin embargo, el mismo Marx se dedica, en más de una ocasión, a criticar la idea según la cual cada uno de los “factores” de la producción recibe un ingreso según lo que “aporta” al proceso productivo, mostrando que salario, renta y ganancia no son más que las formas fenoménicas en las que se desglosa el trabajo del obrero, como valor de la fuerza de trabajo y plusvalía. Efectivamente, la renta no es más que un desglose, a su vez, de esta última categoría, lo que nos crea un problema: dos clases sociales diferentes, ambas sin embargo, capitalistas, se apoyan sobre la misma fuente de excedente. Por otra parte, la interrelación entre la burguesía y los terratenientes, el hecho de que éstos últimos normalmente reciclan

plusvalía, el conjunto de la clase vive de plusvalía. Los mecanismos por los que se la reparten sus diferentes componentes, dependen de las características de la fracción de capital que poseen: los rentistas, a través de la renta; la burguesía mercantil, igual que el sector financiero, a través de la ganancia por explotación de trabajo improductivo; los burgueses industriales (lo que incluye a la burguesía agraria) a través de la expropiación directa de plusvalía. La magnitud de la plusvalía que le toca a cada uno, depende de las magnitudes de capital puestas en juego. Cada burgués reparte su capital, y por ende sus intereses, a lo largo del conjunto de la producción y circulación y de la riqueza social. Esa es la razón por la cual hay rentistas pero difícilmente se encuentre una fracción constituida como tal.

Confusiones similares han surgido en torno al “campesino”. Como señalamos más arriba, campesino es un personaje que carece de capacidad de acumulación porque no produce en relaciones capitalistas. Lo que suele suceder es que se comete con él lo que podríamos llamar una transposición indebida, que oculta, tras el “campesino”, a la pequeña burguesía. Efectivamente, muchos de los llamados “campesinos” son propietarios de parcelas que manejan en condiciones de mercado capitalista. Como tales, reúnen en sí las figuras de burgués y de obrero simultáneamente. Si la suerte los acompaña, pasarán a alquilar fuerza de trabajo y, por lo tanto, a explotar, a extraer plusvalía. Se transforma-

la renta como burgueses en otras ramas de la economía, torna todavía más confusa la situación, porque resulta difícil encontrar una clase de terratenientes puros. Al mismo tiempo, el terrateniente que cede su tierra en producción no hace una cosa distinta del rentista que pone su capital en el banco (aquí, a su vez, habría que distinguir entre “rentista” y “financista”, viviendo el primero de la venta de capital-dinero, operando las actividades necesarias para realizar el flujo de plusvalía sobrante el segundo). En ese sentido, señala Marx en los *Grundrisse* que “Si el capital es prestado a otro como dinero, tierra, casa, etc., se convierte como capital en mercancía, o la mercancía puesta en circulación es el capital como capital.” Finalmente, la tierra no es más que una magnitud de capital que debe arrojar una renta, como lo hace el capital puesto en un banco. De allí la íntima vinculación entre la renta agraria y el capital financiero, aunque la renta no se regula sólo por la tasa de interés sino que tiene su dinámica propia. En este punto, el terrateniente burgués mantiene con el conjunto de la producción capitalista una contradicción más profunda que el resto de las fracciones improductivas del capital. Este hecho, la torsión peculiar que ejerce la existencia de la propiedad privada de la tierra sobre el conjunto de la producción capitalista, más la aparente existencia de una clase de terratenientes puros en Inglaterra en su época, probablemente haya llevado a Marx a constituir una clase aparte. Debemos recordar, sin embargo, que Marx no desarrolló ninguna teorización de las clases sociales equivalente al tratamiento de la economía en *El Capital*. Es más, el tercer tomo no fue dado a la imprenta por él sino reconstruido por Engels. Por otra parte, el capítulo mencionado sobre las clases está inconcluso. Concluyendo: aunque este punto requeriría una elaboración mucho mayor, nos parece más razonable la solución que adoptamos.

rán en burgueses. Si no, descenderán hacia el proletariado, las más de las veces, haciendo un pasaje, que puede ser largo, por el semi-proletariado: sin abandonar del todo la tierra, parte de sus ingresos provenirán de comportarse como fuerza de trabajo fuera de la unidad propia. En general, buena parte de la confusión proviene de dos fuentes: la primera, del origen de la mayor parte de la pequeña burguesía rural; la segunda, del desconocimiento del peso del trabajo asalariado en la producción rural.

En efecto, históricamente, la pequeña burguesía rural proviene del antiguo campesinado. Normalmente, como resultado del proceso de liberación que describimos más arriba. Así, en odres viejos hay vino nuevo. El problema es que un pequeño burgués es una capa o de la burguesía o del proletariado. Por eso algunos autores lo consideran más que una clase, un lugar de pasaje, a la burguesía o al proletariado. La capa pequeño-burguesa que ha sido transformada en semi-proletariado es ya una capa de la clase obrera, mientras que aquella que explota fuerza de trabajo lo es ya de la burguesía. El término campesino sólo es válido para realidades pre-capitalistas. Sucede que durante el proceso de transición al capitalismo la figura del campesino sigue viva, a veces por mucho tiempo, incluso cuando una buena parte del proceso de liberación ha avanzado. Por ejemplo: los campesinos pueden ser liberados a la manera francesa, transformándolos en puntal del régimen burgués precisamente porque se convierten en burgueses; o a la manera rusa, donde los derechos feudales continúan vivos a través de otras formas de sometimiento, como las deudas originadas en una “liberación” a medias. En esas condiciones, los campesinos estarán todavía a mitad de su camino hacia la libertad, sin haberla conseguido totalmente. El capitalismo avanzará lentamente, produciendo a su lado infinidad de gradaciones desde el semi-proletario al burgués, que aparecerá, en virtud del conservadurismo del lenguaje, como un “campesino” rico, porque eso es en apariencia lo que sucedió: un campesino que se enriqueció. Sin embargo, aquí el verdadero campesino es, simplemente, un relicto de la sociedad feudal (o pre-capitalista).

El segundo punto es fácil de captar si se despejan una serie de cuestiones molestas. En primer lugar, la naturaleza estacional del trabajo rural; en segundo lugar, el papel del trabajo familiar. La naturaleza estacional del trabajo introduce un punto muy importante, el de la diferencia entre tiempo de producción y tiempo de trabajo. Todo proceso de producción contiene uno o varios procesos de trabajo, separados por tiempos en los cuales no se produce valor alguno porque no se trabaja. Pero en el agro, la diferencia resulta más que importante. En sentido estricto y haciendo abstracción de tareas menores, se trabaja en la siembra y en la cosecha. De modo que, cuando queremos saber cuál es el tiempo de trabajo real del “campesino” o del pequeño-burgués,

no tenemos que contar el año que suele implicarse entre ciclo agrícola y ciclo agrícola, sino sólo los meses de ambas tareas. Esto es muy importante, porque cuando se trata de establecer el peso del trabajo asalariado suelen compararse los “doce meses” del campesino con los dos o tres del asalariado. El resultado suele arrojar, entonces, como consecuencia, la superioridad del “trabajo familiar” del “campesino” frente al trabajo asalariado. Sin embargo, ni bien se descartan los meses improductivos, la importancia del trabajo asalariado salta a la vista.¹⁶ Lo que suele suceder es que el “campesino” que trabaja con mano de obra familiar y contrata asalariados eventualmente, se transforma en un pequeño burgués explotador, cuando no en un burgués hecho y derecho. Esto nos lleva directamente al gran olvidado del mundo agrario, el proletariado rural.

En efecto, el trabajo asalariado es el gran ignorado del “campo”. Dada la naturaleza estacional de las tareas agrarias, la presencia del obrero rural en el lugar de trabajo se restringe notablemente. De allí que su residencia sea normalmente urbana, en la medida en que no tiene sentido económico tener peones permanentes durante todo el año para usarlos sólo uno o dos meses. Por eso los trabajadores permanentes en las unidades productivas agrarias se restringen al mínimo y, en las más chicas, suelen registrarse dentro del ámbito familiar.

Se ha especulado demasiado sobre la “mano de obra familiar”, pero se ha aclarado poco. En primer lugar, se magnifica su presencia. En segundo lugar, se supone siempre disponible. En tercer lugar, no se especifica qué hace. En cuarto, bajo qué relaciones. El tamaño de la mano de obra familiar es siempre magnificado: se suele contar, también, el trabajo de las mujeres y los niños como si siempre participaran del proceso de trabajo de la mercancía, incluso en producciones que se sabe no permiten tal empleo. Por otro lado, se supone que la mano de obra familiar siempre está disponible, lo que no es cierto, sobre todo en relación a los adultos, que suelen abandonar la unidad productiva cuando se casan o incluso antes, en particular si se trata de tamaños chicos. Se supone también que la mano de obra familiar se hace cargo de todas las tareas de las que no se hace cargo la fuerza de trabajo, sin especificar nunca de cuáles. Por ejemplo, se suele contar como “tareas familiares” los trabajos de “huerta y gallinero”, destinados al auto-consumo, cuando en realidad no tienen que ver con la producción de la unidad económica. Por último, se presupone que los hijos trabajan con el padre por relaciones de parentesco y no en relaciones asalariadas o, lo que es más común, comparten tareas gerenciales como personifi-

¹⁶Hemos desarrollado este punto en Sartelli, Eduardo: “La vida secreta de las plantas. El proletariado agrícola pampeano y su participación en la producción rural”, en *Tierra y Libertad*, op. cit.

caciones del capital. De modo que contar como “trabajo familiar” la simple presencia de la familia del pequeño burgués es un grave error metodológico que disminuye el peso de la fuerza de trabajo y rebaja el carácter capitalista de la producción agropecuaria.

Las tendencias generales del capital en el agro

Como ya señalamos más arriba, la economía agropecuaria no se diferencia en nada de la no agropecuaria, salvo que se entienda como diferencia cualitativa la presencia decisiva de la tierra y sus efectos. Dicho de otra manera: la acumulación del capital en el agro tiene sus peculiaridades (como en cualquier otra rama de la producción), pero no deja de seguir la tendencia general. Coherente con esa tendencia, el capital agrario se concentra y centraliza: mayores masas de capital en menos manos, con la eliminación progresiva de los productores más pequeños. Durante cierto tiempo estuvo en duda la validez de este proceso, aunque las transformaciones de los últimos treinta años han dado por tierra con todas las dudas.

En efecto: ya en época de Lenin era visible que las tendencias del capital en el agro reproducían las líneas generales del resto de la economía, aunque el proceso no era tan fácil de ver, como se puede apreciar en las sutilezas que deben desplegar quienes desean demostrarlo. Tanto Kautsky como Lenin deben realizar un análisis muy fino de las relaciones sociales y de las fuerzas productivas para mostrar este proceso. El propio Kautsky arribaba a un resultado un tanto contradictorio:

“Antes de efectuar las investigaciones sobre la cuestión agraria del que este libro ofrece el resultado, consideraba, según mi concepción del desarrollo social, que la empresa campesina estaba amenazada desde un costado por la fragmentación y desde el otro por la gran empresa, y que en consecuencia en la agricultura se daba la misma evolución, aunque quizás bajo otra forma, que ocurriría en la industria: la proletarización en un polo y el avance de la gran empresa capitalista en el polo opuesto. No era éste un dogma marxista; era también la concepción de la economía burguesa, y esta concepción estaba en armonía con los hechos observados en Inglaterra y en Alemania hasta una época bastante próxima a nosotros, y en Francia y en Bélgica todavía hoy, como lo ha demostrado Vandervelde. Sin embargo, las últimas estadísticas alemanas e inglesas demostraron que esta evolución no es una ley general, e indujeron a algunos teóricos a considerar que el porvenir de la agricultura no pertenece a la empresa capitalista, sino a la empresa campesina. Yo realicé algunas investigaciones para ver cuál de las dos opiniones era la verdadera, y contra toda expectativa llegué a la conclusión de que ninguna de las dos tenía una validez universal

y que no debíamos esperar en la agricultura ni el fin de la gran empresa, ni el de la pequeña empresa; que encontramos sí en un polo la tendencia, universalmente cierta a la proletarización, pero que en el otro polo se evidencia una constante oscilación entre los progresos de la pequeña empresa y los de la grande. Y esto no es lo que realmente se entiende por dogma marxista.”¹⁷

Esta conclusión a la que arriba Kautsky es un tanto sorprendente, especialmente si se recuerda que era considerado un ortodoxo. Incluso Lenin saludó la aparición de *La cuestión agraria* remarcando la similitud con su propio esfuerzo en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En realidad, hay que colocarlo en el contexto de las luchas políticas de la época, en la que se había puesto de moda, cuándo no, negar validez al marxismo por ser una doctrina atrasada y se acusaba de “dogmático” a todo el que insistiera en ello.¹⁸ Además, hay que entender la naturaleza del texto kautskiano: es una aplicación particular de la teoría general. Consciente de esto, Kautsky comienza deslindando su marco de acción en referencia a *El capital*. Éste analiza los problemas de la agricultura capitalista en un marco capitalista, abstracción expresa de la que parte Marx. Por el contrario, como aclara Kautsky, “lo que más nos ocupa hoy en día es precisamente el papel, dentro de la sociedad capitalista, de las formas precapitalistas y no capitalistas de la agricultura.”¹⁹ Lo que está en discusión es la suerte del campesinado una vez aparecido el capitalismo en el campo. ¿Serían desplazados por completo los campesinos y, por lo tanto, estaban condenados a la proletarización? A partir de la respuesta a esta pregunta se abre un abanico posible de alternativas políticas de corto plazo sobre la relación entre obreros y campesinos. En el mismo partido alemán, una fracción empujaba una política favorable a la pequeña burguesía agraria, situación que provocó la intervención de Engels, a fin de fijar la posición marxista, en crítica incluso con los socialistas franceses. Dicha intervención va a ser el antecedente inmediato del texto kautskiano.²⁰

Esta relación campesino-obrero va a ser objeto de debates y disputas en toda Europa, especialmente en aquellos países donde la efervescencia revolucionaria de la primera posguerra coloque a los movimientos revolucionarios frente a la difícil conjunción de fuerzas resultantes de dos actores bien diferenciados.²¹ Pero, en un sentido aún más importante y menos coyuntural, lo que estaba sobre el tapete era la validez misma de la apuesta socialista, el dibujo mismo de la sociedad futu-

¹⁷Kautsky, op. cit., prólogo a la edición francesa, pág. CXIV.

¹⁸Ver la “Introducción”, de Giuliano Procacci a *La cuestión agraria*.

¹⁹Kautsky, op. cit., p. CIX.

²⁰Véase el texto de Engels en el Apéndice VII.

²¹En Italia, por ejemplo, véase la obra ya citada de Gramsci.

ra y, por ende, las líneas de acción necesarias a seguir a largo plazo, como objetivos finales del movimiento, como ya señalamos en la cita de Sombart.

Kautsky observa la dinámica del capital en el agro a fin de encontrar la forma de explotación más eficiente, al mismo tiempo de determinar la tendencia en marcha en la relación entre la gran y la pequeña hacienda. Y, a contrapelo de la aparente concesión hecha a los defensores de la pequeña explotación, va a demostrar las cualidades superiores de la más grande, así como explicará también las razones para la persistencia de la parcela “campesina”. La gran explotación tiene ventajas obvias (“menor pérdida de superficie cultivada, ahorro de fuerza de trabajo humana y animal, utilización perfecta del equipo técnico, posibilidad de empleo de aquellas máquinas que no puede utilizar la pequeña explotación, división del trabajo, dirección científica, superioridad comercial, mayor facilidad de obtener crédito”), aún cuando se las compara con las de la pequeña (“mayor laboriosidad y los cuidados más asiduos del trabajador que trabaja para sí mismo, en contraste con el trabajador asalariado, y la sobriedad del pequeño campesino, que supera aún la del obrero agrícola”), que son en gran parte ficticias.²² ¿Por qué sobrevive la pequeña propiedad? No sólo porque la autoexplotación del conjunto de la familia campesina puede llegar a niveles superiores incluso de los del obrero peor pago; no sólo porque la agricultura europea en su conjunto estaba en crisis a fines del siglo XIX como resultado de la expansión de la agricultura a gran escala en ultramar; un elemento más poderoso aún era el cambio de función de la pequeña explotación: de productora independiente a proveedora de fuerza de trabajo para las grandes haciendas. La decadencia de la pequeña explotación lleva a sus titulares a buscar trabajo fuera de la parcela. Dicho de otra manera, la persistencia de la pequeña explotación es funcional a los requerimientos de fuerza de trabajo temporaria de la gran hacienda, que cuenta con un semi-proletariado cautivo, listo para movilizarse en los momentos en los que la masa de trabajo se hace más importante. Al mismo tiempo, sirve como consumidora de los productos de la gran explotación.²³

Este estancamiento relativo de la relación grande-pequeña explotación se sostenía, además, en las peculiaridades de la acumulación del capital en el agro: cada expansión de la escala de producción conlleva mayores gastos en el agro que en la industria (porque la mayor superficie a explotar exige más gastos de vigilancia sobre los obreros, mayores pérdidas de material y gastos de fuerza por aumento de las distancias de transporte, tanto de los productos como de la fuerza de trabajo),

²²Kautsky, op. cit., p. 122 y 125.

²³Ibid., p. 132-136 y 195.

se hace más difícil (hay que expropiar al competidor antes de haberlo derrotado en el mercado, es decir, hay que comprar sus tierras o arrendarlas como condición para aumentar la escala de la producción: la concentración del capital, al revés que en la industria, debe preceder a la acumulación de capital) y tropieza con la contradicción entre la propiedad y la continuidad física (la expropiación de parcelas dispersas no permiten aumentar la escala de la producción).²⁴

Pero, además de las complejidades que impone la realidad, están las que imponen las formas en que se “mide” esa misma realidad: Kautsky desarrolló una muy aguda crítica de las estadísticas, señalando cómo es posible que se filtre la realidad a través de los números. Incluso, un parámetro de medición que parece dar cabida a una realidad homogénea puede ocultar profundas diferencias: en varios momentos la concentración de la tierra parece disminuir y, sin embargo, la concentración y centralización continúa su marcha.²⁵ Lo mismo ocurre con la formación de cooperativas, que más que mostrar la superioridad de la pequeña empresa demuestra lo contrario. Como dice Kautsky: “La empresa cooperativa es una gran empresa agrícola.” Es decir, el movimiento en pro de la formación de cooperativas no es más que otra prueba de la búsqueda de eficiencia por el lado de aumentar el tamaño de la explotación y la cantidad de capitales en juego.

Por estas mismas razones, el proceso de proletarianización del campesino resulta extremadamente lento y repleto de pasos intermedios, permitidos por el desarrollo de la industria rural y por la migración externa. El proceso parece no producirse porque, objetivamente, mirando las cifras, nada cambia en la superficie. Sin embargo, por debajo la situación es en extremo fluida:

“A medida que el trabajo que rinde un ingreso en dinero pasa a primer plano y el trabajo para la casa se convierte en un trabajo accesorio, el primero absorbe las mejores fuerzas de trabajo de la familia, y a veces esto ocurre precisamente en el momento en que éstas serían indispensables en los campos de propiedad de la familia, por ejemplo durante la cosecha. El trabajo en la parcela va siendo dejado de más en más en manos de la mujer, de los hijos más jóvenes y a veces de los viejos inválidos. El padre y los hijos mayores deben “ganar”. El cultivo de estas pequeñísimas haciendas -que hoy no son otra cosa que un apéndice de la administración doméstica- se asemeja a la administración doméstica del proletariado, en la cual los resultados más miserables son obtenidos al precio de la mayor dispersión del trabajo y de la explotación más inhumana de la mujer de la casa.

²⁴Ibid., p. 169-171.

²⁵Ibid., p. 176.

Estas haciendas, que se van empequeñeciendo y empobreciendo progresivamente terminan por ser incapaces de hacer frente a todas las necesidades de la familia. El ingreso monetario suministrado por el trabajo accesorio no debe servir solamente para pagar los impuestos al Estado y al municipio y para comprar productos industriales y productos de la agricultura importada (café, tabaco, etc.) sino también para adquirir productos de la agricultura nacional, en particular cereales. La propiedad suministra todavía papas, repollos, leche de alguna cabra o, cuando existen buenas condiciones, de una vaca; la carne de un cerdo, huevos, etc., pero no suministra cereales sino en forma del todo insuficiente.”²⁶

Cuando se mira de cerca, entonces, se

“...demuestra también que la gran mayoría de la población agrícola no figura ya en el mercado como vendedora de medios de subsistencia sino como vendedora de fuerza de trabajo y como compradora de medios de subsistencia. Las pequeñas haciendas dejan de hacer la competencia a las grandes explotaciones y aún las favorecen y las sostienen como hemos indicado precedentemente suministrándoles obreros asalariados y comprándoles sus productos.”²⁷

La conclusión lógica es que buena parte de lo que se considera pequeña explotación o “campesino” no es, en la práctica, más que proletariado:

“Cuando se ha llegado a este punto, el aumento de las pequeñas explotaciones constituye sólo una forma particular del aumento de las familias proletarias, que se produce al mismo tiempo que el aumento de las grandes explotaciones capitalistas.”²⁸

Así, Kautsky ha mostrado el segundo aspecto claro del complejo proceso de concentración y centralización del capital en la agricultura. Este proceso, la eliminación de buena parte de los campesinos por su transformación en asalariados, no sólo puede coexistir con la dinámica de la gran explotación sino que incluso puede pasar desapercibido si nos fijamos exclusivamente en la relación del productor con la tierra y nos olvidamos de su relación con el capital: muchos “campesinos” sólo lo son si enfocamos su relación con la tierra, en tanto todavía guardan una parcela de la que obtienen parte de su subsistencia, pero, si enfocamos su relación con el capital, es ya un proletario. En el mismo sentido

²⁶Ibid. p. 202.

²⁷Ibid. p. 203-204.

²⁸Ibid. p. 209.

se desarrolla la agricultura rusa donde el campesino ya proletario retiene su derecho a la tierra comunal:

“El proletariado agrícola (rural) de la provincia de Samara debe en gran parte su existencia y aumento numérico a los últimos tiempos, con su creciente producción de grano destinado a la venta, con su elevación de los precios de arriendo, con la roturación de eriales y pastos, con el desmonte de bosques y demás fenómenos semejantes. En toda la provincia se cuentan 11.624 hogares campesinos sin tierra, al tiempo que hay 33.772 sin haciendas (con lote de tierra comunal); sin caballo o con un solo caballo hay 110.604 familias con 600.000 almas, contando a cinco personas y fracción por familia. Nos atrevemos a considerarlos también proletariado, aunque jurídicamente dispongan de alguna parte de la tierra comunal; en rigor son jornaleros, mozos de labranza, pastores, segadores y demás obreros de las grandes haciendas, y en su nadiel siembran de media a una desiatina para alimentar a la familia que se queda en casa.”²⁹

La conclusión de Kautsky era categórica y su aparente contradicción inicial era sólo una apariencia:

“Quien crea que las simples cifras estadísticas agotan el contenido infinitamente variado de la vida social, puede recuperar su tranquilidad leyendo las cifras de la estadística de las haciendas, las cuales demuestran que, por más lejos que pueda llegar el desarrollo en la ciudad, en el campo todo permanece como antes y no se percibe desarrollo decisivo en ninguna dirección.

Pero quien mira más allá de estas cifras y no se detiene como hipnotizado sólo en la relación entre pequeña y gran explotación, llega a formular un juicio muy distinto; advierte que, ciertamente, las grandes explotaciones no varían de número, que las pequeñas haciendas no son absorbidas por las grandes, pero que las unas y las otras, gracias al desarrollo industrial, sufren una completa revolución, y una revolución que establece un contacto siempre más estrecho entre la pequeña propiedad agraria y el proletariado sin tierra y hace siempre más idénticos sus intereses.”

Resumiendo: con Marx examinábamos la inevitabilidad de la acumulación originaria para el desarrollo del capitalismo; en Lenin observábamos el desarrollo de la acumulación en su fase inicial; y en Kautsky, las tendencias del desarrollo de la agricultura ya capitalista. Podemos afirmar que con estas obras se cierra todo un ciclo de reflexión sobre la cuestión agraria que contiene en sí el núcleo de la discusión posterior, tanto en lo que hace a la vertiente que ve el desarrollo del capital como

²⁹Citado por Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, op. cit., p. 89.

un proceso coherente en todas las ramas de la economía (incluyendo la agricultura) aunque no sin sus peculiaridades (Marx, Lenin, Kautsky), como sus detractores (los populistas rusos, Danielson, Chayanov y Sombart). Puede afirmarse que, hacia la primera década del siglo veinte, todo lo que podía pensarse acerca del desarrollo agrario estaba “pensado”. Las líneas básicas del debate habían sido establecidas y, a la primera ocasión importante, volverán a enfrentarse los viejos enemigos, enfatizando unos el carácter capitalista del desarrollo agrícola, esgrimiendo razones “campesinistas” otros. Así lo señalaba, con justa razón, Daniel Thorner, aunque limitándolo a la polémica rusa:

“Quienes en la actualidad se esfuerzan por comprender el comportamiento económico del campesinado parecen en su mayoría ignorar que las vías que emprenden actualmente están muy próximas de las que tomaron a partir de 1860 varias generaciones de economistas rusos. Los problemas que acosan en nuestros días a los economistas al estudiar países tales como el Brasil, México, Nigeria, Turquía, la India e Indonesia presentan asombrosas similitudes con los problemas que estuvieron a la orden del día en Rusia desde la emancipación de los siervos, en 1861, hasta la colectivización de la agricultura, hacia fines de los años ‘20.”³⁰

El “campesino” volvió por sus fueros, efectivamente, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se reanudó la acumulación en bastas zonas de la periferia. En particular, porque ese fenómeno se ligó al problema de la revolución mundial, cuya última oleada, la de los ‘70, tuvo un sesgo claramente “campesinista”, no sólo por sus protagonistas principales en varios lugares del globo, sino también porque su estrategia (la guerrilla rural) tuvo una enorme influencia incluso en aquellos agrupamientos y procesos revolucionarios que no se enfrentaban a un contexto rural. Es así que algunos autores señalaban la persistencia de la pequeña explotación en prácticamente todo el mundo y llamaban a aceptar el hecho que Kautsky intentaba negar: que la pequeña explotación ofrecía ventajas suficientes como para no estar verdaderamente amenazada por la empresa capitalista. Otros señalaban que, si bien el campesinado había desaparecido en algunos lugares, en otros, sobre todo en el Tercer Mundo, mantenía la misma vitalidad de siempre. Así, Armando Bartra decía que

“En ciertas condiciones históricas o coyunturales de una formación social, la economía campesina puede surgir o extenderse, mientras que

³⁰Thorner, Daniel: “Una teoría neopopulista de la economía campesina: la escuela de A. V. Chayanov”, AAVV: *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1987.